ILDEFONSO
LLORENTE FERNÁNDEZ

LAS HELADAS

LA DESECA

LIBROS DE SABLE, 4

Ildefonso Llorente Fernández
Libros de Sable, 4
Invierno 2010 / 2011

Director de la colección: Mario Corral García.

Diseño y maquetación: Daniel Pérez Torralbo.

© Para la presente edición: Consejería de Medio Ambiente del Gobierno de Cantabria.

D. L.: SA 229 - 2010

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ

LIBROS DE SABLE, 4

Invierno 2010 / 2011

ÍNDICE

Presentación	p.7
Introducción	9
Las Heladas	11
La Deseca	19

PRESENTACIÓN

La colección ***Libros de Sable*** centra su interés en la narrativa breve que atiende a la realidad medioambiental cántabra, sean sus autores cántabros o no, pretéritos o actuales. Con esta iniciativa la Consejería de Medio Ambiente de Cantabria pretende difundir textos que pongan de manifiesto el nexo entre el mundo ideacional, de las ideas, y el mundo físico, demostrando que uno y otro forman parte de una misma realidad que todos compartimos y que a todos corresponde conservar y, en la medida de lo posible, mejorar.

La colección es de naturaleza digital, de ahí su nombre: por *sable,* en Cantabria, se entiende "arena de playa" y, por extensión, "arenal". Los libros del arenal, así pues, son también libros de arena, libros de bits, libros compuestos por nódulos de información que, sin perder un ápice de su identidad, se relacionan entre sí formando un arenal tan extenso, una red de información tan vasta, como desee el lector.

Es nuestro deseo que esta colección ayude a dar continuidad a una forma de relacionarse con el entorno basada en el respeto, tal y como hemos heredado de nuestros antepasados y es nuestra obligación dar en herencia a las generaciones del futuro. Es un deseo que, estoy seguro, compartimos todos los ciudadanos cántabros.

Francisco L. Martín Gallego
Consejero de Medio Ambiente
Gobierno de Cantabria

INTRODUCCIÓN

Ildefonso Llorente Fernández fue un escritor y periodista lebaniego adscrito a la segunda vuelta del naturalismo literario, avanzadilla del regeneracionismo que pretendía regar las raíces para que de la vegetación de la estación del hombre prendiera la flor.

Entre sus obras cabe destacar los seis opúsculos que dedicó a la Cueva de la Mora (Lebeña) en 1895; *Las cacerías del rey*, de 1882, documento de enorme valor para la historia de la cinegética en Cantabria; *La santuca* y *Subiedes*, ambos de 1880, y *El pastor de Áliva* (1881) y *Papeles de aldea* (1888), todos ellos dedicados a costumbres lebaniegas; y *Recuerdos de Liébana* (1882), que aprovecha, en parte, material publicado en sus libros anteriores.

Los dos textos seleccionados en la presente ocasión lo han sido de este último título. El primer texto seleccionado, *Las Heladas*, actualiza una leyenda trayéndola al presente (a su presente, que ya es nuestro pasado). El segundo, titulado *La Deseca,* es interesante por dos motivos: porque recoge una rara descripción, y escalofriante, de una cacería de osos, y porque describe, también, una técnica de pesca, afortunadamente desahuciada, de cuya lectura se concluye, contra cualquier veleidad historicista, que del pasado hay que conservar no todo, sino sólo lo mejor.

Mario Corral García
Director de la colección

LAS HELADAS

A las dos de la tarde, subiendo hacia el sur por la risueña montaña en que el pueblo de Cosgaya se apoya, nos hallamos, con agradable sorpresa de mi amigo, en la altura que deja ver el valle de Cereceda, rico en casas de antiguos mayorazgos, como el resto de la tierra liebanense.

Perspectiva hermosa. Las cumbres que por aquella parte limitan a Liébana con las provincias de León y Palencia, cumbres tan elevadas que la de San Glorio sube hasta unos 1.340 metros, o sea 4.183 pies sobre el nivel del mar, aparecían con sus blanquecinas peñas y sus negros bosques, donde suelen cazarse osos de gran tamaño, presentadas en forma de barrera curva inaccesible, como protegiendo la tranquilidad de los profundísimos valles, por los que se adelanta, como a dar testimonio de su vigilancia

respetable, la alta y severa Peña de Dobres. Largo rato permanecimos contemplando aquella escena, llenos de admiración, y guardando silencio, que fue turbado por mi con un triste recuerdo manifestado a mi amigo.

En esos puertos altísimos, le dije, raro es el invierno que no cause la muerte de algunas personas, a quienes motivos muy premiosos, o la falta de prudencia, deciden a pasar entre la nieve y los hielos, de que se cubren estas cimas. El frío en aquella época del año es terrible en estas elevaciones, y los ventisqueros envuelven cuanto hallan al paso en sus espantosos remolinos. La nieve y el granizo, formando capas de un espesor de algunos metros, se endurecen con el heladísimo soplo del aire violento, que azota esas alturas. Los habitantes de esta región de España están acostumbrados a las grandes inclemencias del invierno; pero aun así, muchos infelices suelen quedar helados al pasar los puertos del valle de Cereceda, aunque al pasar tomen la precaución, los que desde fuera vienen a Liébana, de echarse a rodar por el llamado Tumbo de Bejo, para de ese modo extraño calentar sus miembros y adelantar camino.

Bueno es saber dónde está el peligro, añadió mi amigo; y bueno es conocer los medios para salir del apurado trance, aunque sea rodando.

No te rías de lo que es triste verdad; y te aconsejo que en época de grandes nevadas no pases desde Liébana a la provincia de León, o de ésta a Liébana. Si por urgentísima necesidad, o por temeridad muy censurable, tuvieres que pasar en la época dicha, hazlo acompañado y encargando a quien contigo vaya que, tan pronto como te observe taciturno y con síntomas de cansancio, te obligue a bajar del caballo y, sin consideración de ningún género, te sobe y te golpee, haciéndote correr y, si es preciso, rodar por la montaña.

– No olvidaré tan suaves remedios, y procuraré no necesitarlos.
– Pues no hay otros mejores.
– Pero ¿tanto es el frío que suele sentirse en estos sitios?
– Desgraciadamente sí. Es tanto que, para ponderarlo como es debido, no hallo cosa mejor que referirte un cuento. Escúchale.

En una de las aldeas que hay en Liébana, probablemente en alguna de las que ahora estamos viendo, las heladas fueron muchas y muy fuertes durante un invierno. Los hombres, tiritando, sufriendo las granizadas y ventiscas, y escondiendo cada mano en el sobaco del opuesto lado, hacían algunas excursiones al monte, guiando la pareja, para volver con una buena carretada de troncos de encina, con que hacer brasa en el hogar. Rebujadas las mujeres

en su mantilla de paño, o con una saya de bayeta vuelta al revés y puesta sobre la cabeza, iban de una casa a otra, hilando algún copo de lana, o zarandeando un odre lleno de leche para sacar la manteca, o llevando algún coloño de ramas secas de roble, llenas de hoja, para alimento de las cabras encerradas en estrecho establo. Los mozalbetes en los techados, o portales de las casas, componían o entarugaban albarcas[1]; en tanto que las muchachas, cantando a grito pelado, remendaban las chaquetas de sus hermanos, o hacían escarpines de sayal para los piezucos[2] de los *rapazos*, que, soplándose las uñas, estaban en la calleja haciendo bolas de nieve, para tirárselas unos a otros, o arrojarlas contra los miruellos[3] o malvises, que ateridos volaban cerca.

El frío, cada vez más intenso, era causa de que menos fuese cada hora la gente que salía de la aldea; y ésta, en otras ocasiones silenciosa y casi completamente desierta, porque la gente estaba a sus quehaceres en las tierras de labrantío, o en el monte, se hallaba a la sazón con toda su vecindad en las casas, y bien llena de cánticos, conversaciones, gritos, mugidos y balidos. Pero el cielo, de color pardo desde el alba, dejaba caer a ratos espesos copos de nieve; y despejándose al anochecer, recrudecían las heladas.

1.- Las albarcas son zuecos de madera elevados del suelo por tres piezas llamadas tarugos que se pueden reponer cuando se gastan por el uso.

2.- En Cantabria el sufijo /-uco/ no es despreciativo, como ocurre en castellano normativo, muy al contrario, denota familiaridad y cercanía.

3.- Miruello: Mirlo

Poco a poco, los habitantes de la aldea, grandes y chicos, hombres y mujeres, mozos y mozas, notaron que, a cada hora que pasaba, oían con más dificultad; y hacían repetir las cosas, y esforzaban la voz suya, y percibían tan sólo gesticulaciones y ademanes enérgicos de los demás, a quienes sucedía dos cuartos de lo mismo, pues gritaban, gritaban, y ni se oían a sí propios, ni oían a los otros.

Y cada día nevaba otro poco, y cada noche helaba otro mucho, y cada hora las gentes gritaban más, y cada minuto oían menos, ocasionando así no pocas peloteras, en que tan sólo se notaban ademanes amenazadores, y únicamente se sentían los bofetones y los golpes de la estaca con que se dirimían las contiendas.

El cura párroco, que era un bendito de Dios, veía su pobre aldea convertida en campo de Agramante, y acudía a separar los que reñían sin ruidos, al parecer, y sólo haciéndose muecas. Pero los que disputaban creían que también el párroco gesticulaba nada más, para hacerles burla; y prorrumpían en grandes carcajadas, que ninguno oía, separándose confusos y pensando si cada cual estada tocado de la mano de Dios.

En tanto, helaba con más fuerza cada noche, y nevaba con más frío cada día. Y llegó el domingo, y el párroco cogió la cuerda que pendía de la campana, y se puso a tocar

a misa. Pero el diantre de la campana se movía para un lado y para otro, y no sonaba: por lo menos el pobre cura no la oía, ni la oyó un vecino que pasaba y que, viendo al buen señor tira que tira del cordel, sin producir ningún sonido con los golpes del badajo, quiso *españar* de risa[4], y acercándose a las casas, con voces que ni él oía y con ademanes que veían todos, hizo que los habitantes de la aldea salieran a las puertas de sus moradas, a ver cómo el párroco volteaba la campana sin hacerla oír de nadie.

Siguió helando durante algunas semanas; pero al fin, amaneció un día despejado y soplando un vientecillo ábrego, y entonces notaron los aldeanos que se oían algo unos a otros, pero muy confusamente, pues parecía que hablaban y gritaban a la vez, allá muy lejos, muchos miles de personas, y que balaban y mugían muchos cientos de bueyes y de cabras. Notaron el fenómeno y sin grande esfuerzo adivinaron la causa, se rieron, y como les apuraban las labores de fuera, salieron todos de la aldea, unos al monte a cortar leña, otros a cuidar ganados, y otros a componer los *argayos*, o derrumbamientos de terreno, causados por el temporal.

Más templada la temperatura de hora en hora, hete aquí que llegó a pasar por la aldea un forastero, no sé si francés o inglés, a caza de... gangas o de minas. El ruido era grande

4.- Españar: Estallar y, en sentido figurado, tener muchas ganas de hacer algo.

en aquel punto: voces, conversaciones, llantos,chillidos, carcajadas, balidos, cantares, riñas y el *tin tan* de la campana, que sin moverse estaba en la espadaña de la iglesia: confusión maravillosa de sonidos de toda especie, y cuyo origen, asombrado el forastero, no podía averiguar. Se acercó a varias casas, para preguntar y salir de dudas; pero no hallaba alma viviente en la aldea, y la bulla cada vez era mayor y más indescifrable.

Mohíno marchaba ya, cuando vio un chiquillo que guardaba cabras, y se llegó a él preguntándole:

– ¿Por qué se oyen esos ruidos tan confusos, aquí que no hay nadie que los haga, lo cual se nota bien, pues el sol alumbra mucho?
– Por eso, porque el sol calienta mucho - contestó el muchacho; y siguió marchando al monte, creyendo que el forastero tenía en cuenta lo que antes ocurrió allí.

De esta que, por darle un nombre, llamaré verídica y formal leyenda, puede hacerse aplicación a varias cosas. Noticias históricas de los pueblos que vamos a ver hoy es muy probable que haya; pero el invierno largo de frío silencio en los escritores, y el hielo atroz de la apatía tienen entumecidos los recuerdos de hechos notables y ciertos.

(...)

LA DESECA

– Poned bien las cestas de las provisiones. Un poco más allá. Bien: así, que podamos sentarnos todos. No las pongas más allá, no: bien están ahí.
– No, no, ahí no, que van a tropezar con esa otra de las botellas.
– Pero, hombre, no pongas eso debajo: mira que la del jamón y los asados pesa más, y estrujará las tortillas... ¡*Ohsus*, María y José! ¡Gracias a Dios que has acertado a colocarlas!
– A ver, tú, sube y ponte así, hacia ese lado, mira que el carro va *trasero*.
– No: que va *delantero*.
– ¡Vaya, mujer! ¿pero no ves?
– *Áhura* están ustés bien. *Apúrrame*[1] la mi varuca usté.

1.- Apurrir: Alcanzar a la mano.

– ¿Y dónde me acomodo yo?
– ¡Ay, hija! colócate corno puedas... ¡*Ohsus*! ¿pero en qué tropiezo aquí tan duro?
– ¡Ay! ¡las tarteras de mi alma! ¡siempre las habrás roto, muchacho!
– No te asustes: ¡si no llego ni con mucho a las cestas!
– Aguarda, tú; no arrees: deja que estire esta pierna.
– ¿Y las sombrillas? ¡Pero te has sentado encima!
– ¿Cómo ha de sentarse en ellas, si van colgadas del toldo?
– ¿Están ustés ya bien tóos? Que se *mos* va a jacer tarde!
– Sí, hombre, sí: arrea ya cuando quieras.
– ¡Ay! ¡que me partís este brazo!

(...)

Y tal fue la última palabra que se oyó a la puerta de una casa de Potes en la plaza, al amanecer un día del último verano y marchar, por la carretera del Puente de Ojeda, ocho personas metiditas en una especie de tartana, tirada por un jaco nada bueno y por un modestísimo borrico, dicho sea con perdón de ustedes.

A la vez, y desde el mismo punto, dos señores siguieron igual dirección, cabalgando en sendos potrancos, que, al parecer no tenían buen andar; pero

en realidad, trotaban malditamente: lo cual, si no es lo mismo, es peor.

Pero debo ante todo ser justo, y dar a cada cual lo suyo; por cuya razón estoy en el caso de declarar en confianza y acá para *inter nos*, quiero decir, para entre ustedes, que si los jacos trotaban del peor modo que podían, la culpa no era sólo de ellos; pues los jinetes menudeaban los espolazos y el tirar de las bridas con tan negra habilidad que, a no haber sido yo uno de ellos, me hubiera regocijado de verlos apearse inopinadamente por las orejas de sus cabalgaduras y medir el suelo con la espalda, por haberse puesto a caminar en tan malos pies ajenos, pudiendo en aquella ocasión ir más a gusto en los propios.

Y no es que el viaje que emprendían fuera bastante corto para que pudiesen hacerlo con regular comodidad, *pedibus andando*, nada de eso: se dirigían a La Fría, heredad situada dos leguas algo largas más arriba de Potes, en la carretera de Palencia; pero aunque seguramente se habrían cansado mucho andándolas a pié los dos señores, muchísimo más molidos habían de quedar dando aquel paseíto a caballo en los pelialborotados jacos de alquiler. Los cuales bichos, bajando a cada momento la cabeza por ver si topaban yerba, o cosa tal, iban *pi...án, pianito* algunas veces, y dando tropezones siempre, con manifiesta exposición de los jinetes a ir

dando tumbos, desde la ancha y dura silla de baqueta y carcomidas hebillas hasta la orilla del río. Bien que, antes de llegar a él, contaban como seguro los dos señores quedar hechos pedazos en las peñas, y no era flojo consuelo.

De ese modo, y con semejantes agradabilísimos augurios, hicieron tomar el trote a los jacos, pensando con fundamento que, al cabo de media hora, tal vez podrían recorrer un kilómetro y no cabal de carretera, que hay desde Potes hasta el Puente de Ojedo, punto de cita para los paseantes de la villa en las primeras horas de la tarde en invierno, y fresco sitio de descanso en los paseos del anochecer en el verano.

En Puente de Ojedo, pues, tendrán ustedes, si gustan, la bondad de esperar hasta que yo, uno de los dos jinetes consabidos, llegue con mi compañero. Mas no será molesto para ustedes esperar, si quieren entretenerse en ver cómo unos hombres cargan y descargan el mineral que llevan en sus carros de bueyes, junto a una caseta que allí tiene la Sociedad minera *La Providencia*. O pueden ustedes observar cómo otras personas se dan arte en colocar en cada uno de otros varios carros tres mil, cuatro mil, cinco mil y hasta seis mil duelas, que, de las grandes pilas de ellas que hay allí, les van dando, una tras otra y dos a dos, los muchachuelos, que en su

rostro sudoroso, y tostado por el sol y la intemperie, demuestran valer ya para ganar, bien ganado, su jornal de a pesetita. Y si ustedes quieren saber de dónde han ido hasta Puente de Ojedo aquellas duelas, y a dónde son llevadas desde allí, no faltará quien les diga que las tabletas proceden de los grandes bosques que hay en todos los valles de Liébana, y que, trasportadas luego a Unquera, son en aquel puerto embarcadas con destino a los puertos extranjeros en su mayor parte, si en total no, *calculándose en un millón de duelas la exportación anual que hace una de las empresas* que a ello se dedican. También pueden ustedes distraerse viendo cómo otros operarios cuecen corcho, extraído de los bosques de alcornoque, no escasos en varios puntos de Liébana.

Pero más se distraerán ustedes mirando los viñedos que por todos lados verdean, desde el pié hasta lo más alto de los montes. ¡Y qué lástima que ustedes sean melindrosos y delicaditos! Pues, si así no fuera, les aconsejaría yo que pasando el otro estrecho puente de madera que hay al norte del de piedra, un poquito más abajo del juego de bolos, y un metro más arriba del punto en que el *Bullón* entrega con alegría sus aguas al más importante río Deva, fuesen a comer algunas dulces uvas *nerucas* o *del alba* en las fronteras y excelentes viñas, en que todas las cepas son de buena *yenda*[2]. (…)

2.- Yenda: Clase (nota del autor).

Mas ya sé que ustedes han contado en sus relojes treinta minutos de espera, y he aquí que nosotros, es decir, los dos jinetes de marras, llegamos brincando, y no de gusto, sobre las sillas de los jacos, medio roto el esternón a fuerza de machacones en el arzón claveteado con tachuelas amarillas, y magulladas lastimosamente las... costuras de los pantalones, gracias todo al pícaro trotar de nuestros jamelgos y a nuestra especialísima *destreza* en eso de equitación.

(…)

El que a mi lado cabalgaba era un joven que por primera vez estaba en Liébana, y al cual había yo tenido la ocurrencia de invitar a una deseca, invitación que él aceptó por mal de sus pecados.

Desde el Puente de Ojedo (…) caminarnos mi amigo y yo hacia el Sur, río arriba, por la derecha margen del escondido *Bullón*. Y le llamo así escondido, porque su cauce estrechísimo y profundo, al borde mismo de la carretera y cubierto en ambas orillas por alisas, chopos, nogales, avellanos, floridos espinos, parras silvestres y otros arbustos y árboles, sólo a trechos permite ver desde la carretera sus limpias aguas en algún pozo o remanso, no escaso en buenas truchas y suaves anguilas; desapareciendo luego la corriente bajo la verde y tupida bóveda formada por el frondoso ramaje.

Embelesado en contemplar la frondosidad del arbolado y de los viñedos a uno y otro lado del río, solía mi amigo recibir regulares sustos, cuando más allá de la explanada que hay hacia Puente de Ojedo, veía que se estrechaba cada vez más el valle, y que el desconcertado trote del jaco, al borde de la carretera, parecía buscar ocasión propicia para, mediante algún tropezón, dar con el cuerpo del jinete en el oscuro y hondo lecho de piedras por donde va el agua.

(…)

Poco habíamos andado, y se ofreció a nuestras miradas Cabariezo, pueblo en que se producen excelentes frutas, que está situado sobre la orilla del río y que tiene una antigua Abadía. Luego que pasamos frente a él, aprovechamos un punto en que el corte perpendicular de la montaña, sobre la carretera, producía buena sombra, necesaria en la mañana calurosa en que viajábamos, y convinimos en detenernos allí, basta que llegaran los del carro.

(…)

– ¿Y no me podrías referir algunos detalles de las cacerías de osos, puesto que tanto abundan en los bosques de los pueblos que me acabas de nombrar?

– Escucha:

Preparada una cacería de osos en los montes de Buyezo y Lamedo, bajo la dirección de mi estimado amigo D. Álvaro Fernández y Cosío y su convecino D. Sabas Barreda, secundados por varios otros amigos, salieron el 24 de Octubre de 1880 a uno de los montes expresados. Comenzada la batida, se presentó a los primeros instantes una esa con dos osetos[3] ya grandes, dirigiéndose al sitio donde se hallaba de espera D. Antonio del Peral, natural de Camasobres y sobrino del D. Álvaro Fernández.

Disparó el Sr. Peral un tiro contra la osa, que cayó herida, pero que al momento se levantó y huyó. Pero los dos osetos, macho y hembra, huyeron precipitadamente; fueron hacia el sitio donde se hallaba D. Álvaro Fernández, quien disparó sobre uno dejándole muerto en el acto. Aprovechó el Sr. Fernández el otro tiro de su escopeta, dirigiéndole al otro oseto, al cual atravesó con la bala un cuarto trasero, haciéndole caer y rodar algún trecho por la espesura del bosque; pero consiguió al fin levantarse el oso, y empezó a correr en tres pies. Los tenía sanos el inteligente y atrevido cazador y corrió tras la fiera, disparándola un tiro de revólver, que le

3.-Oseto, osicaño, escañeto: Osezno.

atravesó el vientre y le hizo caer segunda vez. Reunió todas sus fuerzas el oseto, y levantándose, iba a huir, cuando el animoso señor Fernández y Cosío le cogió por una pata, deteniéndole y disparándole un segundo tiro de revólver, que mató a la fiera.

Entre tanto, la osa madre, herida por el Sr. Peral, se dirigió al puesto en que se hallaba D. Sabas Barreda, quien le hizo fuego, taladrándola una mano, lo cual no la impidió seguir internándose en la espesura; todos los cazadores fueron entonces tras ella siguiendo la huella de la sangre; pero no hallando buen rastro, se separaron para buscarla en diferentes sitios del monte. La halló en lo más espeso de la selva el mismo D. Sabas Barreda, poniéndose la osa en dos pies y yendo hacia él rugiendo horriblemente: disparó el Sr. Barreda y consiguió hacerla pronto huir, llamando al mismo tiempo el sorprendido cazador al señor Fernández y Cosío, quien acudió con otros jóvenes, aunque se hallaban lejos; y armados con palos nada más muchos de ellos, continuaron persiguiendo la osa, hasta que la oscuridad de la noche les obligó a suspender la cacería y retirarse a sus pueblos a tomar algún alimento, porque gran parte de ellos no habían tomado más que un ligero desayuno, al empezar su arriesgada excursión, olvidándose luego de comer.

Al amanecer el día siguiente, acompañado el Sr. Fernández y Cosío de dos mozos armados de venablos, y llevando también dos perros, volvió al monte siguiendo la huella de la sangre de la osa herida, y dejando a los otros cazadores colocados en cerco alrededor del monte. Habría transcurrido una hora cuando la osa, espantada por los perros, salió hacia el sitio en que estaba quien primero la había herido, D. Antonio del Peral, el que la disparó un tiro y la mató.

El servicio que los citados excelentes cazadores y otros, dijo mi amigo, están prestando a la comarca de Liébana, con las repetidas y eficaces cacerías que dirigen, es muy digno de elogios; pues libran a los pueblos de los muchos perjuicios que los osos causan.

Es muy cierto, añadí yo.

Abandonamos el puente, sobre el que habíamos ya estado conversando buen rato; pero no fue largo trecho el que anduvimos cuando noté que mi compañero de viaje, mientras su caballo a pié quieto mordisqueaba los *matujos*, o zarzales del camino en la orilla, estaba mirando con atónitos ojos alrededor, como quien busca explicación de algo extraño y no la encuentra.

– ¿Qué deseas? - le grité. Y como no me respondiese, retrogradé, llevando hacia el suyo mi caballo y, tocando con la mano en el hombro de mi amigo, repetí: ¿Qué haces tan embelesado? ¿Qué deseas?
– Que me dejes mirar bien todo, y que te calles.
– ¡Que me calle!
– Sí, hombre, sí: cállate y déjame.
– Al contrario; necesitas mis palabras.
– En otra ocasión podrá ser así; pero ahora no.
– ¿Apostamos a que sí?
– ¡Dale! ¿Pero lo dices de veras?... Pues habla, hombre, habla: ya no tengo inconveniente en escucharte, puesto que me hallaba en el cielo de una deliciosa admiración y con tu pregunta me has hecho caer de golpe sobre los impíos lomos de este jaco asesino. ¡Ay!... Y ahora siento más dolor que antes en mis huesos... ¡Cómo ha de ser!... Vamos, habla: ¿qué tenías que decir?
– Contéstame antes la verdad. ¿Por qué has detenido el jaco y por qué estás lleno de asombro?
– En cuanto al jamelgo, se ha detenido él de su propia voluntad, juzgando sin duda que, mejor que trotando, podrá engordar comiendo yerba. Y en cuanto a mi asombro, me parece que no es inmotivado ante este cambio brusco, que se nota en el paisaje. Las montañas cultivadas, risueñas, ya lo ves, desaparecen aquí de pronto, y se nos presentan estas otras

más pendientes, más peñascosas, más salvajes, más negras.

– Es verdad: en este sitio, que llaman El Esgovio , tiene más seriedad el valle, o mejor dicho, el desfiladero.

– ¿Y no habrá inconveniente en seguir caminando por aquí?

– ¿Qué inconveniente ha de haber?

– Hombre... las montañas muy altas, muy oscuras y muy cubiertas de bosque por nuestra derecha, según vamos, se acercan tanto a estas otras de la izquierda, que no sé si dejarán entre sí hueco bastante para el río y la carretera. Y además estos sitios no me parecen a propósito para que por ellos caminen dos hombres como nosotros, que no llevamos ni un mal revólver, por si se presenta un oso... o cosa así.

– No temas. Esta negra estrechura de montañas dura poco; y por lo que hace a los osos... u otros animales, que tú temes, no los hay; al menos, por ahora. Pero dado caso que los hubiera y te viesen, no se atreverían contigo.

– ¿Por qué?

– Porque los osos, al decir de quien lo entiende, no

– acometen a los difuntos; y tú estás tan pálido, que lo pareces.

– Convengo en que no habrá esos peligros, puesto que te ríes. Pero dime: ¿y esto? ¿te parece que esta

montaña de la izquierda, formada de multitud de capas de piedra simétricamente superpuestas, y cortada en línea vertical sobre el camino, es para infundir confianza en el que pase junto a ella?

– ¡Ya lo creo! Sobre todo, puedes ir confiado en que no se arrojarán sobre ti desde lo alto ni osos, ni...
– ¿Pero y si cae alguna piedra?
– ¿Cómo ha de caer, estando las capas de ellas inclinadas al lado de allá?
– Bien, pero la carretera podrá hundirse por la parte del río, que no lo veo difícil. (…) Estos sitios... ¿Por qué los ingenieros no harían la carretera por terreno más despejado?
– ¿Por qué no pusiste aquí tú, a disposición de ellos, las llanuras de Castilla
– Tienes razón: entre montañas como las de Liébana difícilmente se hallará un camino mejor, más cómodo y más seguro que este por donde vamos.
– Ahora te explicas como persona de juicio.

En esto, pasamos la punta de la montaña que tanto llamaba la atención a mi amigo; y éste volvió de nuevo a mostrar su gozo, viendo otra vez viñas, prados y tierras cultivadas, en las alturas de ambos lados del camino. Me preguntó los nombres de los pueblos que se ven en lo alto a la derecha, y apuntó en su cartera Los Cos, Ubriezo y Yebas, que yo le dije; aunque no pudo ver los

tres, por causa de las cumbres que los ocultan.

Un poco más adelante le dije que ya estábamos fuera del distrito municipal de Cabezón y que nos acercábamos al fin de nuestro viaje. Y así fue que al momento le señalé una casa situada en la carretera, y otro edificio abajo en el río, que por allí tiene cauce hondísimo y estrecho; y cuando a la indicada casa llegamos, le dije:

– Apéate: que esto es *La Fría*, y de aquí no pasarnos hoy.
– ¡Gracias a Dios!

Y desmontó mi amigo, como hice yo también.

La Fría es posesión perteneciente a mis hermanos de Potes, y está situada al occidente del pueblo de Lerones (…) La mencionada posesión se compone de varias tierras laborables, prados y montes, abarcando la finca á uno y otro lado de la carretera y del río, con una casa junto al camino, y teniendo abajo en lo hondo otra casita con un excelente molino harinero y un batán, o pisa, que dicen las gentes del país, y en el cual se prensan y desengrasan los muy burdos sayales que se fabrican en los pueblos lebaniegos. (…) A los dos lados del río, y por la parte de los prados, que están en la pendiente de la margen izquierda, se ven en La Fría

altos nogales, pomposos avellanos, algunos cerezos y otros frutales de diversas especies, a la vez que fresnos, álamos y tilos. De modo que, mirando desde la carretera los blancos edificios allá abajo, medio ocultos entre el follaje de tantos árboles que les rodean, presentan un aspecto muy risueño. Y estando abajo, también la perspectiva de los alrededores es muy bella; pues las alturas de la derecha del río, en las cuales está el pueblo de Lerones, y las de la izquierda en que están Lomeña y Basieda, se ofrecen a la vista haciendo ostentación de sus prados, sus viñedos, sus frondosos nogales y sus bosques: descubriéndose también hacia el Sur y Sur-Este las sombrías imponentes cumbres de Sierra Lobera y Sierras Albas por una parte, y Piedras Luengas y Peña Labra por otra.

Miraba todo aquello mi amigo, felicitándose de haber hecho un viaje, cuyo término tan hermosamente compensaba las molestias sufridas, por haber ido en jacos de alquiler. Pero mirando todo, observó que la casa y el molino han sido edificados al pié de la montaña, que parece estar deslizándose toda ella al río y empujar los edificios, los cuales por su parte posterior están casi por completo cubiertos por la pendiente, en la que han sido literalmente incrustados; y manifestó su creencia de que la casa y el molino están en peligro de ser aplastados por un desgaje de la montaña sobre ellos.

Pero el molinero y los mozos, que allí había y oyeron a mi amigo, aseguraron que no había que temer tal cosa, porque "*la montaña está jundá en sobre castru*[4]*, mu firme y placenteru, y en jamás ha tuvíu novedá*" con cuyo argumento nos dimos por convencidos, así mi amigo como yo.

Pasamos después de esto por una estrecha senda, entre el cauce del molino y el del río, a la parte de los prados, donde yo sabía que nos sería fácil cosa encontrar melétanos, o sea fresas silvestres, a pesar de que nos hallábamos en el mes de agosto. Y así sucedió; pero apenas habíamos cogido y comido, sin más preparaciones, alguna mala docena de los agridulces frutos, cuando la gente del carro llegó junto a la casa de arriba, y mi amigo y yo subimos a su encuentro.

– ¡Pero así están ustedes todavía! - nos dijeron.
– ¡Aún no han hecho ustedes la deseca!

(…)

Y mi amigo y yo, héroes por fuerza en aquel trance, viéndonos acosados con tantas recriminaciones, nos miramos, nos quitamos los saqués, que colgamos de un árbol; nos remangamos la camisa hasta los hombros;

4.- Castro: Afloramiento de roca madre.

y entre las carcajadas de los circunstantes (…) seguimos descalzándonos a toda prisa las botas, tiramos los calcetines, nos calzamos unas alpargatas, recogimos los pantalones y los calzoncillos hasta medio muslo, tomé yo una pala que hallé a mano, mi amigo un grueso palo de alisa, y llenos de ardimiento y decisión, ¡paf! saltamos al río y... yo me deslicé y caí cuan largo era, dando sin querer un empellón a mi amigo con la pala, y haciéndole caer también de bruces en mitad del río.

(…)

Se me ha olvidado decir antes, que al fin del camino que baja de la carretera hay, para pasar al molino, un puente de madera, y que a unos pasos más abajo del puente hay un pequeño remanso, o pozo, en el cual, gracias al castro de que está formado el suelo por la derecha del río y a las piedras sueltas que hay a la parte de abajo, las truchas y las anguilas pueden estar muy *placenteras*, a la vista del que no se acerque mucho, y ocultarse en cuevas cuando alguien las quiera coger. Aquél pozo era el que deseábamos secar en lo posible; y nuestro deseo era mayor, desde que vimos la multitud de truchas que en él había.

Con mucho afán empezamos a trabajar todos, es decir, el molinero y tres mozos eran los que hacían algo de

provecho, colocando a la entrada del pozo grandes piedras, tablas y ramaje, y rellenando con tierra los huecos, a fin de que el agua toda marchara por un *cañal*, como ellos decían y que estaban dos de ellos haciendo en la orilla. Mi amigo y yo, con los demás que de Potes habían llegado, trabajábamos también... verbalmente, diciendo nuestra opinión y andando de un lado para otro muy prevenidos de pala y *azado*[5], y muy poco cuidadosos de no estorbar; antes bien, estorbando todo lo posible con ponernos una vez a remover piedras aquí, otra vez cavando allá, ora empezando a *jurugar*[6] con un palo los huecos de las peñas, por si había truchas escondidas, ora intentando cogerlas con un cestito puesto en el extremo de una vara. De todos modos, gritando, riendo, alborotando, dando ahora un tropezón y deshaciendo, al caer, buena parte del canal, cayendo luego en el pozo, al intentar mover alguna piedra, poniéndonos como nuevos, y en fin, dando por seguro que el pozo ya estaba del todo seco, cuando apenas había descendido un milímetro el nivel de las aguas.

(...)

5.- Azado: En Cantabria el género introduce diferencias de tamaño, empleándose el masculino para lo pequeño y el femenino para lo grande, como ocurre, por ejemplo, con *botella* y *botellu*, *ventana* y *ventanu* o *azada* y *azáu*.

6.- Jurugar: Hurgar.

Pero todo en este mundo tiene término, y la obra magna de la deseca le tuvo también. El molinero y los mozos trabajaron el canal de suerte que ni una gota de agua entraba en el remanso; y como a la vez salía rápidamente de él por otro canalito hecho a la parte de abajo, sucedió que a eso de las once de la mañana ya estaba sin agua el pozo. ¡Qué alegría! Todos a un tiempo, armados de tijeras dentadas, de palos y hasta de tenedores, empezamos a remover las piedras de la parte recién seca del río, y a registrar los huecos del castro, y a levantar con mucho tiento las podridas ramas de árbol que había entre el limo, buscando truchas, requiriendo anguilas; basta que después de un cuarto de hora de afanes, y sudores, y ansiedad (…) ¡oh dolor! ¡nos convencimos de que era tiempo perdido el que habíamos empleado! ¡Ni señales de truchas o de anguilas pudimos encontrar! Habían marchado, sin duda, por el canal de desagüe, espantadas de tanto ruido y tanto movimiento como habíamos hecho en el agua del pozo!

Declaro que por algunos minutos se me quitó la gana de reír, y lo mismo sucedió a todos los demás, hombres y mujeres. Nuestros semblantes cariacontecidos y nuestras actitudes taciturnas y pasmadas, habrían podido servir para un excelente cuadro de caricaturas.

– ¡Bah! ¡bah! - exclamó mi amigo.
– ¡Lucidos quedamos! - añadí yo.
– ¡Pero de tantas como había no haber pescado ni una! dijo una de las señoras.
– ¡Pus rniá qu´esu tié que ver! - prorrumpió un mozo.
– ¡Chachu, páme que toa *muestra* pesca bien *cueje*[7] en un dedal! - gritó el molinero.
– ¡*Cafles*! no te falta sentíu en esu - repuso el mozo - y yo ya estoy *esgonzáu de los hijares*, por tanto abajame y golveme a endreszar.
– Peru no taflijas: que el bañu siempre sirve, *manque otra no sea, pa temporizar la sangre*.
– ¡Eh, molineru! - añadió el más viejo de aquellos hombres -: de que estén fritas las *enguilas*, vas a cojer una panchá: ¿no es ciertu?
– Lo que quisiás tú comélas, manque fuán sin frite, ni ná. Peru sí: ¡*zápate el jocicu*[8]! que con *llambete*, tiés que te sobra.
– No: con lo que habemos *apandáu* no hay mieu de *españar* dengunu, manque *careza del estómadu*[9].
– ¿Y qué hacernos, señores? - preguntó mi amigo.
– Aplaudir nuestra habilidad, si a ustedes les parece bien, respondí yo.

7.- Coger: Caber. *Cueje, cueji* y *cuei*: cabe.
8.- Límpiate el hocico (nota del autor). En la actualidad, *zapar* se emplea como sinónimo de *lamber* / *llamber*: lamer.
9.- Padezca del estómago (nota del autor).

GOBIERNO
de
CANTABRIA

CONSEJERÍA DE MEDIO AMBIENTE

LIBROS DE SABLE, 4